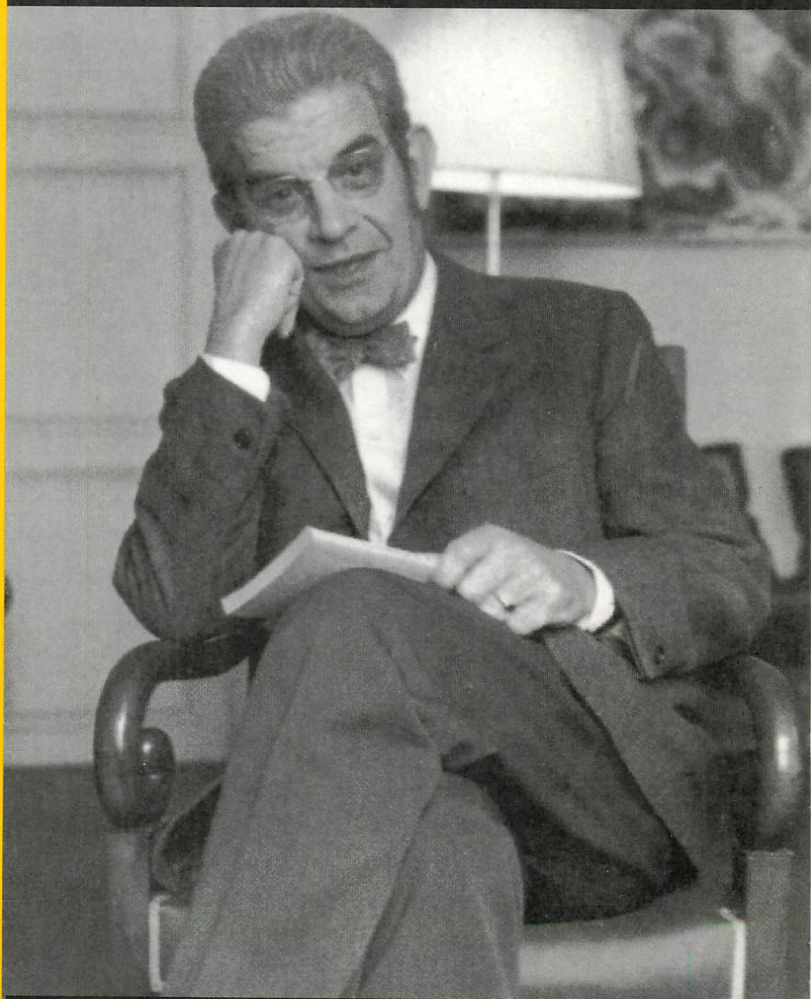


Jacques-Alain Miller
EL ESTABLECIMIENTO
DE "EL SEMINARIO"
DE JACQUES LACAN



TRES HACHES

Jacques-Alain Miller

*

El establecimiento de
«El Seminario»
de Jacques Lacan

Jacques-Alain Miller



El establecimiento de
«El Seminario»
de Jacques Lacan



Entrevista con François Ansermet

TRES HACHES

Traducción de Hugo Savino

Título Original: *Entretien sur Le Séminaire*

Diseño: J.S.P.

I.S.B.N. 987-9318-03-X

© Jacques-Alain Miller

© 1999, EDITORIAL TRES HACHES

Junín 558, piso 9º, of. 905

(1026) Buenos Aires

Argentina

Impreso en Argentina - Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

«Me llamaron el Oscuro y
sin embargo, habitaba el resplandor.»

Saint-John Perse

Un día vino a verme un joven suizo. No lo conocía. Según me dijo, quería hacerme preguntas acerca del «establecimiento de *El Seminario* de Jacques Lacan». Hablamos frente a un grabador, que durante una hora hizo las veces de un tercero.

La transcripción de esta conversación que hizo François Ansermet apareció el año pasado en la revista *Bloc-notes del psychanalyse*, que publicaba Mario Cifali en Ginebra.

Hablamos de este texto que pocos leyeron y que a veces fue desnaturalizado. Un litigio que terminó en la justicia, y que ocupó las páginas de los diarios, me despertó el interés de ser escuchado con precisión. Es la razón de esta plaqueta que reproduce exactamente el texto publicado.

J.-A. M.
21 de Julio de 1985

*Entrevista sobre el Seminario
con François Ansermet*

François Ansermet: Establecimiento de un texto, transcripción, escritura, paginación, son otras tantas maneras posibles para designar el trabajo que usted realiza, Seminario tras Seminario. ¿Cómo describirlo? ¿Cómo calificarlo? ¿Cómo trabaja? ¿Con qué dificultades se encontró? ¿Qué le aportó este trabajo? Se trata de preguntas a la vez elementales, ingenuas y muy complejas para abordar en esta entrevista.

Jacques-Alain Miller: Son cuestiones diferentes. ¿Cómo describir este trabajo? Este trabajo tiene precedentes en la historia del pensamiento. Hubo grandes profesores que no dejaron cursos redacta-

dos, y eso obligó a sus discípulos a establecer los textos. En el curso que di después de la muerte del doctor Lacan evocé, a propósito de eso, los avatares del curso de Aristóteles que usted conoce. Considero que un trabajo como éste, en el caso que nos concierne, está facilitado por esos *gadgets* llamados grabadores que la ciencia puso en nuestras manos, y no hablemos de ese otro *gadget* de escritura que es la estenografía. Además, este trabajo fue empezado mientras el doctor Lacan vivía y no después de muchos siglos, y lo realiza alguien que, con mucha razón, puede ser considerado como el colaborador más cercano de Lacan. Son más las certezas que tenemos para este curso que las que podemos tener para la enseñanza de Aristóteles.

Con los cursos de Heidegger, por ejemplo, ocurre algo distinto, ya que él mismo dio versiones escritas —y bien puede uno preguntarse por qué no fue ése el caso de Lacan.

Absorbido como estaba en un movimiento de continua invención, con un seminario que fue durante mucho tiempo semanal, y con una gran actividad como analista, no tuvo el tiempo que hubiera necesitado. El movimiento de su enseñanza está pautado

estenográfica como texto original. Este establecimiento debe considerarse como una redacción.

François Ansermet: Como usted escribe en la advertencia antes del epílogo del *Seminario XI*, se trata de una transcripción que de ahora en más dará fe y valdrá, en el porvenir, por el original que no existe. Este origen se encuentra retroactivamente en una escritura, en la escritura de la palabra de otro. ¿Qué se puede decir del gesto que funda una obra sobre un original que no existe?

Jacques-Alain Miller: Hay mucho que decir al respecto porque es el problema del pasaje de lo oral a lo escrito. No hay obra oral. Una obra oral se mide por sus consecuencias en el que escucha, y no forma un monumento. Estamos obligados a comprobar —y el mismo Lacan da testimonio de eso en el epílogo que pone en el *Seminario XI*, el primero que se editó— que nunca consideró publicables las versiones estenográficas de su enseñanza. Ustedes saben que comenzó a dar su seminario en 1951, y recién fue estenografiado a partir del *Seminario* de 1953-1954. Desde esa fecha hasta 1973, o sea durante veinte años,

por algunos escritos –muchos de los cuales, por otra parte, tienen como origen trabajos de circunstancia, de encargos, solicitados por el editor o por la vida misma del grupo analítico. Para esas ocasiones, Lacan concentra su enseñanza en aquello que se ha manifestado para su auditorio como lo más difícil de asimilar. Sus escritos dan vueltas alrededor de ciertos puntos que son un obstáculo, y cruzan a menudo diferentes partes del Seminario: el escrito sobre la psicosis, por ejemplo, cruza el tercer Seminario, el de *Las Psicosis*, y el cuarto, el de *La relación de objeto*. En *Las Psicosis* no encontramos la «metáfora paterna». Para construirla, primero tuvo que encontrar el texto de Jakobson sobre los dos tipos de afasia, después separar la función de significante del imaginario del falo, y gracias al escrito redacta, anuda el falo y el padre en su metáfora paterna.

François Ansermet: ¿Cómo caracterizaría su trabajo en la práctica?

Jacques-Alain Miller: Yo mismo elegí hablar de establecimiento de texto, aunque en este caso el problema es que Lacan nunca consideró a la versión

Lacan se negó a cualquier publicación de su Seminario. J.-B. Pontalis intentó algún resumen de dos o tres seminarios que aparecieron en el *Bulletin de psychologie*; Moustafá Safouan redactó un resumen de unas cien páginas del Seminario de *La Ética*, que quiso publicar —y Lacan, en definitiva, no lo permitió; Jacques Nassif hizo algunos resúmenes de *La Lógica del fantasma* para las *Lettres de l'École Freudienne*, e igualmente un texto que apareció en *Scilicet* en el que mezcla un texto compuesto a partir de un seminario, con sus propias reflexiones; C.Conté, en la misma revista, redactó un largo artículo a partir del Seminario de *La Identificación*.

Así pues, en el transcurso de estos veinte años, existieron varias tentativas de la explotación del Seminario, tentativas que a veces tomaron la forma de *compendium*, de resumen, o también de redacción personalizada —aquí cito únicamente las tentativas que no apuntaban a hacer que desaparezca el nombre de Lacan, sin hacer referencia a los innumerables plagios y a los meros copiones.

En 1973 le propuse a Lacan un modo de relación con su Seminario muy diferente: no resumirlo, tampoco utilizar el contenido para hacer sólo un artí-

culo, o un libro que se parezca a los libros, sino hacer del Seminario un libro, un libro que respete su desglose en lecciones, que sea exhaustivo y, sin embargo, redactado, por qué no escrito. Era la primera vez. Cuando evaluamos el resultado, acordamos que el conjunto de sus Seminarios se haría de esa manera.

No se me escapa que existe hoy una suerte de puja para que las versiones estenográficas se consideren como texto original. Tengo que ser claro al respecto: yo continúo en la misma línea. Esta redacción podría ser diferente —es la mía, y para Lacan fue la más conveniente. El estatuto de este trabajo no ofrece dudas, es un trabajo de colaboración.

Puedo decirle también, que a partir del momento del establecimiento del primer Seminario, la idea del Dr. Lacan era que firmáramos juntos. Siempre fue muy generoso a ese respecto, y consideraba que la parte que me correspondía justificaba esa firma conjunta. Me negué —lo que Lacan, en su epílogo, llamó gentilmente mi «modestia»—, pero siempre confirmé con Lacan los contratos de edición, jurídicamente tengo el estatuto de coautor. Por otra parte, las versiones estenográficas están circulando, los investigadores pueden remitirse a ellas. Lacan única-

mente había dado poder a su editor para que impida una explotación comercial desvergonzada de las ediciones llamadas piratas. Después de su muerte ratifiqué ese mandato.

François Ansermet: Si se puede considerar a Jacques Lacan como el intérprete de una obra que se plasma, a partir del texto freudiano, en una práctica y en una enseñanza, ¿qué representa esta nueva interpretación que es la escritura de esta palabra? Todo trabajo de interpretación supone anticiparse al sentido: esta anticipación se sitúa en la relación con la palabra que se pronunció. ¿Cómo decidir acerca del sentido en ese contexto?

Jacques-Alain Miller: Lacan dijo una vez —lo que fue recopilado y publicado— que yo ponía su seminario en un francés mío, y eso era algo que le convenía. Por mi parte —y fue así desde que encontré a Lacan en la Escuela Normal— desde un principio tuve, hay que decirlo, la reputación de ser el que comprendía a Lacan.

Me ubicaron en esa posición rápidamente —ya quedó claro en la segunda clase del *Seminario XI*, que

desdichadamente no fue grabada, sesión donde, por primera vez en público, interpele al Dr. Lacan diciéndole, que para mí y para mis compañeros de ese entonces en la Escuela Normal, él era, antes que nada, un teórico riguroso, racional, como se decía en ese entonces, y no un mago, como lo quería la reputación. Además, eso me llevó a trabar una conversación con él acerca del uso que había hecho, en uno de sus escritos, del adjetivo *ontológico*, que había unido a la expresión falta en ser, si mis recuerdos son correctos —una discusión en la que me permití, en nombre de la razón, si puedo expresarlo así, argumentar con él. Parece que hasta entonces era algo que nunca se había hecho, y esa entrada me instaló en cierta posición. Y de hecho, el trabajo que hago con el Seminario, lo hago bajo la condición de la certeza, no bajo la condición de la duda.

Cuando digo que *decido* acerca del sentido, digamos que me pongo en la posición más desfavorable. Considero que *restituyo* el sentido cuando los matices de la expresión oral lo obliteran. Pero en nombre de ese sentido tengo que decidir aquello que pasará al escrito. Es cierto que cuando Lacan multiplica oralmente los sustantivos para calificar algo, y bue-

no, algunas veces conservo todos los términos y a veces sólo me quedo con uno. Tengo que decidirlo en cada caso. ¿Hay una gradación significativa, un ajuste? ¿O la palabra sólo debe borrar su búsqueda? Lo estimo en cada caso particular, y mi decisión está respaldada por un estudio de larga data de la enseñanza de Lacan, y mi colaboración para la edición de los Seminarios que salieron en vida de Lacan.

François Ansermet: De imaginar que Lacan deja una obra escrita, ¿qué representaba para él la transcripción de su palabra y de su enseñanza? Cuando aparecieron los primeros Seminarios, ¿qué representó para Lacan leer a ese Lacan —leerse redactado por usted?

Jacques-Alain Miller: ¡Creo que estaba muy contento! Su secretaria, Gloria González, que estuvo junto a él por más de treinta años, me contaba un día que, hacia fines de los años cincuenta, lo había encontrado ante el armario abierto que contenía las versiones estenográficas de sus seminarios, que se acumulaban año tras año, y le había dicho, suspirando: «¿Quién se ocupará de todo esto?». Y bien, yo soy el que se ocu-

pa de «todo esto».

No fui el que se ocupó de «todo esto» enseguida, ya que conocí a Lacan en 1964, y recién en 1973 se definieron las cosas. ¡Hasta ahí, no era evidente –y para Lacan menos que nadie– que el más insignificante de sus dichos pudiese ser respetado! El panorama que le pinté lo muestra: ninguna de los intentos de sus alumnos iba en esa dirección. Hacía falta algo de tiempo para tener dimensión de quién era Lacan – él mismo no la tenía, es algo que sólo podía venir del Otro.

Hoy, las cosas están en un punto tal en que los mismos que durante los últimos años de la vida de Lacan se portaron tan mal con él, siguen en esa puja vana que antes le mencioné.

François Ansermet: En la advertencia del *Seminario XI* que está antes del *epílogo*, usted escribe: «se ha querido no contar aquí para nada...» ¿A pesar de todo habría un lugar en ese «no contar para nada aquí»?

Jacques-Alain Miller: Sí. Creo que la diferencia entre mi trabajo y las tentativas abortadas precedentes, es que ellos querían ser tenidos en cuenta: el re-

sultado, hay que decirlo, sirve de poco. No contar para nada, es ubicarse en una posición en la que yo puede escribir *yo*, y que ese *yo* sea el de Lacan. No contar para nada es la condición para que ese *yo* pueda ser escrito por alguien que no sea Lacan.

Y aparentemente, ahí anulé mi particularidad lo suficiente para que Lacan adopte aquello que me es particular: ¡créase o no, borrarame, precisamente, es una actitud muy lógica! Quiere decir: plegarme a la racionalidad de este pensamiento. Es también una exigencia de claridad –hacer que aparezcan los lineamientos, únicamente a partir de los cuales establecer el texto es posible.

Desplazar un sintagma, una frase, puntuarla, hacer una relativa y otra principal, exige saber de qué se trata, saber con qué se confronta este pensamiento, y también lo que evita y con relación a qué avanza. Supone reconstituir paso a paso la problemática activa de esa enseñanza.

También es darse cuenta de la vanidad de una empresa que llegaría a hacer de esa vanidad un tratado. El Seminario de Lacan sobre las psicosis ¿es un tratado sobre las psicosis? En caso de que lo fuera, equivaldría a decir que su comienzo es contemporá-

neo de su fin —porque la característica de un tratado es borrar el tiempo de su lectura, ocupar una suerte de tiempo suspendido. Ahora bien, seguir a Lacan como corresponde, era, en primer lugar, darse cuenta de que allí había una reflexión que se transformaba en el transcurso de un año, que, de una lección a otra del Seminario, hay discrepancias, que Lacan se corrige, desplaza los elementos antes planteados, y eso es una enseñanza. Así pues, inventar la edición del Seminario, suponía en efecto una decisión acerca de lo que es la enseñanza de Lacan.

Le digo cuál es el valor de ese *no contar aquí para nada*: creo que mi particularidad en esa materia —porque que hay una particularidad—, es haber captado la articulación lógica de la enseñanza de Lacan, llegar tan lejos en ella como para poder restituirla a la escritura.

Usted me preguntaba el efecto que eso produjo en Lacan. Creo que Lacan utilizó su propia oscuridad, que la manejó, le dio un valor, si lo puedo expresar así, heurístico, pero también se trata de alguien para quien la originalidad, la contorsión propia de su pensamiento, fue durante mucho tiempo una suerte de maldición. Entonces, por supuesto, la usó, más

bien la difirió, y utilizó esa, su oscuridad para llevarla al rango de paradigma. Pero para él siempre fue muy valioso recibir el testimonio de aquellos que lo seguían. Nunca dejó de pedir ese testimonio a sus alumnos, a los oyentes del Seminario. Es lo que acá denominó ese llamado —en el transcurso del Seminario se lo puede observar. Así pues, ahí, en el hecho de que otro pudiera entrar en su lógica hasta el punto de redactar su enseñanza a su entera satisfacción, había para él una seguridad y un testimonio. ¡Por lo demás, mi gusto por la claridad —podemos llamarlo así— no viene mal como complemento!

Pero de hecho, Lacan no es oscuro: es el relámpago que se dice oscuro...

François Ansermet: Tal como usted dice, Lacan está presente en este trabajo de transcripción a través de su tentativa de no apropiarse de ese *yo*. ¿De qué manera la muerte de Lacan modifica las condiciones de su trabajo?

Jacques-Alain Miller: No sólo Lacan releía la versión final antes de que se imprimiera, sino que incluso yo podía interrogarlo acerca de algunos pasajes

señaladamente opacos, acerca de algún nombre o referencia que faltaba en la versión estenográfica. También es verdad que no siempre él tenía todo eso presente. Esas facilidades que yo podía tener mientras él vivía, ahora ya no las tengo.

Ya en el Seminario de *Las Psicosis*, donde no tuve respuestas de su parte acerca de algunos puntos, comenzaron a aparecer ciertos pasajes con tres puntos entre corchetes, algo que no sucedía con los Seminarios precedentes. Es posible que en los Seminarios siguientes tenga que dejar algunas cicatrices.

También hay otra cosa que cambió: en vida de Lacan —es un hecho—, durante diez años, mi trabajo no fue impugnado. Desde su muerte, y de manera desvergonzada, aquellos mismos que, llegado el caso, lo injuriaron en los últimos años de su vida, ahora se la agarran conmigo. Pero eso no me hace desviar ni un milímetro.

François Ansermet: Establecer el texto de la obra hablada también sería un trabajo de escritura. Acaso habría ahí algo así como una evidencia de aquello que constituiría la trama de cualquier escrito: el autor escribe, pero al mismo tiempo es hablado. Hay otro

que habla en el trabajo de la escritura. Podríamos citar a Blanchot: «Así, antes de la obra, el escritor todavía no existe; después de la obra, ya no subsiste: lo que equivale a decir que su existencia está puesta en tela de juicio. ¡Y se lo llama autor! Más precisamente, sería «actor», ese personaje efímero que nace y muere todas las noches por haberse mostrado exageradamente, asesinado por el espectáculo que lo hace ostensible, es decir, sin nada propio o escondido en la intimidad.» Hasta aquí hablamos de la compaginación, de la transcripción: se trataría de no poner entre paréntesis el trabajo del autor, del escritor. ¿Qué piensa de esto?

Jacques-Alain Miller: Me pongo a trabajar a partir de versiones estenográficas, las que me entregó Lacan, las que en el conjunto él consideraba como las mejores. Esa es la materia prima del trabajo. Tomo cada una de las lecciones, una después de otra, en el orden en que fueron dichas, y restablezco sucesivamente las treinta páginas que eso representa.

En primer lugar busco los ejes de la lección. Establezco los pasajes que en una primera lectura parecen más nítidos, dejando para una segunda lectura

aquellos que —y son los más numerosos— parecen más embrollados. En este caso, establecer es desembrollar: aún si respeto al máximo, en la redacción final, el orden que Lacan siguió, sin embargo, para tomar la más mínima decisión acerca de la escritura hace falta reconstituir la articulación lógica. Para saber donde se debe poner una coma hay que encontrar los ejes. Como me di cuenta que en promedio, un seminario se dejaba dividir en tres «partes» —puntuación esencial—, con el acuerdo de Lacan, tomé muy pronto la decisión de indicarlas. Es a la vez el ritmo que mantengo y que elaboro: tres grandes escansiones promedio, más una introducción, y una conclusión que, cuando se extiende, pide una cuarta parte —pero es bastante raro. Por consiguiente vuelvo a encontrar los ejes, y de ahí desciendo a los más pequeños detalles.

En principio me esfuerzo —es una elección— por marcar bien estas articulaciones, incluso las más finas, por ejemplo algunos párrafos, mientras eso se presenta al comienzo como una suerte de continuum. La versión estenográfica parece haber marcado a veces pausas de voces al marcar ella misma algunos párrafos, ¿pero es necesario estar siempre atento a esto? No.

A menudo también desplazo algunos sintagmas, por ejemplo, cuando Lacan retoma dos o tres minutos más tarde, como ocurre con un conferenciante, el mismo punto que anteriormente trataba. Una vez aclarado esto, respeto los errores cuando luego se demuestran significativos. Lacan nunca me pidió que lo hiciera aparecer como alguien infalible.

Dejemos de lado la verificación de las referencias. Digamos que establezco una primera versión, lección tras lección. El conjunto se pasa a máquina, y el trabajo vuelve a empezar a partir de ese nuevo manuscrito.

Entre la primera y la segunda versión elijo títulos, y fijo esos pequeños exergos —método que elegí para evitar la pesadez de los intertítulos, que terminarían por darle un aspecto de tratado que quiero evitar.

Al multiplicar los rasgos que, a pesar del quiebre de la puntuación escrita, son indicios de continuidad, también quise marcar que se trata de la transcripción de un texto oral. En particular, e incluso antes de hacer el primer trabajo, le escribí enseguida una carta a Lacan para decirle que no tenía intención de utilizar ni el punto y coma, ni los dos puntos —salvo

error, no los encontrará en los Seminarios —sino un signo más ambiguo, un signo de pausa distinto al punto y a la coma, el guión. Por otra parte, en la carta que le escribí a Lacan, aludo a esta particularidad de puntuación propia de Laurence Sterne —el autor de *Tristram Shandy*—, al punto que esta particularidad fue aislada en la crítica inglesa como *the Shandean Dash*, el guión shandiano. Y bien, utilizo el *Shandean Dash* en la transcripción del Seminario de Lacan. De esa forma quise marcar que no empleaba todos los recursos de la puntuación escrita. Este rasgo queda como la marca del origen oral de esta cuestión. Por otra parte a veces tengo dificultades en hacer que los traductores lo respeten, pero debo decir que terminan adaptándose gentilmente.

François Ansermet: Usted acaba de definir la posición de aquel que transcribe; ahora, podríamos pasar a la posición de aquel que lee. A menudo se dice que los *Seminarios* son más legibles que los *Escritos*. ¿Qué quiere decir leer a Lacan? ¿Hay mucha diferencia entre el Lacan que habla, el Lacan transcrito y el Lacan que escribe?

Jacques-Alain Miller: Creo que es indiscutible. El Lacan escritor, él lo dijo, quería que el lector no tuviese otra salida que entrar en el texto. Y podemos verificar que largos desarrollos del Seminario están a veces concentrados en el párrafo de un escrito.

De paso, es preciso hacer notar que a muchos de sus escritos Lacan no los considera como escritos a nivel de sus exigencias. Incluso llega a decir de la «Instancia de la letra» que se trata de un texto intermedio entre lo escrito y lo oral, dado que está redactado a partir de una conferencia. Además hay que destacar que sus escritos están hechos casi siempre con una dirección determinada. Así pues, «La instancia» es una conferencia y «La dirección de la cura» es un informe para un congreso; «Ciencia y verdad» fue escrito en principio para ser pronunciado como apertura del Seminario sobre *El objeto del psicoanálisis*; «Posición del inconsciente» es una puesta al día de una intervención en el coloquio organizado por Henry Ey en 1960, «La significación del falo» fue escrito para una conferencia, «La cosa freudiana» está redactado después de una invitación a Viena. Y también está ese deseo no realizado de redactar él mismo *La ética del psicoanálisis* —es por eso que, cambiando completa-

mente mis planes, después de la muerte de Lacan, elegí publicar ese Seminario.

Es preciso decir que el Lacan que habla era impenetrable para muchos de sus oyentes. Esto obedece a diversas razones: en primer lugar, a lo adelantada en el tiempo que siempre estuvo su reflexión para la comprensión de sus oyentes, y también al hecho de que su expresión oral era muy rebuscada e inventiva. Una vez dijo: «Hablo como otros escriben». Así pues, podemos decir que el Lacan que habla, para los oyentes de ese entonces, era tan complejo como el Lacan que escribe.

Al respecto, compruebo que un Seminario recién entra en la cabeza de todos cuando yo lo establecí. Me doy cuenta. Mientras ese trabajo, trabajo de redacción, pero sobre todo de logificación, no está hecho—salvo algunos plagios menores aquí o allá—, es difícil pescarlo. Lo digo sin ambages, puesto que la concepción que puedo tener de un Seminario, antes de redactarlo, y después, no es la misma. Me veo a mí mismo emerger progresivamente, a través de mi trabajo, de sus líneas de fuerza, de su problemática, de sus tropiezos.

François Ansermet: Y para usted, ¿qué quiere decir leer a Lacan?

Jacques-Alain Miller: En mi caso, leí a Lacan durante tres meses, tres meses antes de encontrarlo —en enero de 1964, hace exactamente veinte años.

Lo leí por sugerencia de Althusser, que era «caiman»¹, es decir “pasante” de filosofía en la Escuela Normal, y que al año siguiente iba a consagrar su seminario a *El capital*. Ahí, después de un año consagrado a la arqueología de las ciencias, Althusser quería estar un año estudiando a Lacan. Hasta esa fecha, septiembre de 1963, yo nunca había leído ni una línea de Lacan, septiembre de 1963, y sólo iba a asistir a ese seminario en calidad de oyente. Terminaba mi licenciatura de filosofía. Louis Althusser me llamó a su oficina para decirme que haría bien en leer a Lacan, que me gustaría mucho, y que me preparara para asumir la parte que me correspondía en su seminario. Lo escuché, es decir me fui a la librería de Presses Universitaires de France, en la plaza de la Sorbona, y

1. «Caiman»: en el argot de la Escuela Normal Superior quiere decir director de estudios. (N. del T.)

compré todos los volúmenes que habían aparecido hasta ese momento de la revista *La Psychanalyse* —llegaban hasta el número 6, si mi recuerdo es correcto (después completé el resto buscando en la biblioteca de la *Escuela* los textos que aparecieron en la *Evolution psychiatrique* y en la *Revue Française de Psychanalyse*)— y me fui, en esa época podía hacerlo, algunos días al campo para desbrozar todo eso.

Estaba acompañado por un amigo que preparaba su licenciatura en filosofía, y recuerdo muy bien que, en el primer piso, comencé la lectura por el «Informe de Roma», y que bajé a la hora de almorzar y le dije a este amigo que había estado toda la mañana trabajando en Leibniz, que acababa de leer algo increíble.

Mi trabajo sobre Lacan está fundado en lo que hice durante esos tres meses, a partir de esos escritos, sin el Seminario, sin haber oído jamás a Lacan, sin haberlo visto nunca.

Eso me llevó, a pedido de Althusser, al compromiso de hacer una ponencia de dos horas: finalmente expuse durante tres horas, a comienzos del año 1964, y como me ocurre a menudo, no dejé ninguna huella escrita de esas horas. Pero, cualquiera que sea

el costado rudimentario de mi primera aproximación, todavía la suscribo.

Evidentemente progresé, pero con el mismo espíritu lógico. Enseño Lacan desde 1972, recorrí sistemáticamente su obra durante siete años en un curso semanal en la Universidad de París VIII, lo interrumpí durante dos años, y lo retomé después de la muerte del Dr. Lacan, en 1981. Empiezo un segundo período en el que me parece que llego a su problemática subyacente. Lacan dice muy bien que no tenemos necesidad de conocer el plano de una casa para golpearlos la cabeza contra las paredes: ¡y bien, trato de recomponer el plano de esa casa que es la enseñanza de Lacan, y que él construyó golpeándose la cabeza!

François Ansermet: Cuando se trata de psicoanálisis, del inconsciente, de la Cosa, como el título de Lacan, «la Cosa habla de ella misma», o como él lo dice en otra parte, lo que se escribe de la Cosa hay que considerarlo como aquello que se escribe viniendo de ella, y no de quien lo escribe. ¿Cuál es pues el lugar de aquél que escribe cuando se habla de la Cosa? Redoblamiento en la escritura de aquello que se jue-

ga, como lo escribe Freud, en la escena analítica: «no sólo le pedimos al paciente que diga lo que sabe, lo que le disimula a otro, sino también lo que no sabe». ¿Cómo escribir entonces aquello que pensamos saber de la Cosa? Precisamente ésa es la problemática que Lacan parece abrir en su epílogo al *Seminario XI*: «lo que se lee pasa-a-través de la escritura y queda indemne (...). Hablo, empero, de lo que se lee, porque lo que digo está destinado al inconsciente, o sea, a lo que se lee antes que nada.»

Jacques-Alain Miller: En esa fecha, Lacan define al inconsciente como lo que se descifra de él.

François Ansermet: ¿A qué lectura y a qué escritura particular obliga el objeto del psicoanálisis?

Jacques-Alain Miller: En principio, recuerdo aquello que distinguió mi manera de llegar al Seminario: y fue considerar que los meandros de esa enseñanza son la enseñanza misma. La idea de desprender esa enseñanza de sus meandros para resumirla, o para devolverle su comienzo contemporáneo a su final, ignora profundamente su objeto. Usted me pregunta

a qué lectura obliga algo así: obliga a la misma lectura que el inconsciente, ¿por qué no?

Cuando leo a Lacan y trato de restituir las lecciones que extraigo de ahí para el auditorio de mi curso, al que formo en esa lectura, digo para el caso, que procedo a la manera de Champollion —revelando el valor que toma en una escritura tan calibrada el retorno de ciertas palabras y de algunas conexiones.

Para tomar lo más simple, la conexión que hay en él, constante y, por otra parte, tematizada, del acto y la certeza. Pude este año, en un curso al que le puse como título «Respuestas de lo real», mostrar el valor del término *respuesta* en Lacan. O también el término *decisión* y *elección*. En principio este trabajo está a nivel mismo del significante, no de la significación.

Si debo remitirme a lo que yo mismo hice, considero que la guía de cualquier lectura de Lacan son sus escritos. Cuando se entra allí por los Seminarios se elige la vía de la facilidad —¿y por qué no?—, pero lo escrito es lo que verdaderamente decide en lo que a esta enseñanza se refiere. Por mi parte, entré en la enseñanza de Lacan por lo escrito exclusivamente. Desde luego es posible concebir un movimiento de intercambio, y es cierto que el Seminario informa

sobre las vías esbozadas por Lacan —en las cuales, llegado el caso, él se niega a internarse. Pero sin el eje del Lacan escrito, creo que es una vía peligrosa —y quizás vana.

François Ansermet: Tal como en los primeros textos freudianos sobre el inconsciente, *La interpretación de los sueños*, *la Psicopatología de la vida cotidiana* o *El Chiste y su relación con el inconsciente*, la obra de Lacan en su escritura parece establecerse a riesgo de la lógica del inconsciente. ¿Los *Seminarios* o los *Escritos*, que llevan en ellos la ambigüedad, la contradicción, el rechazo por la definición o por la sistematización, las huellas de la imposibilidad de decir o escribir, no pueden acaso ser reducidos por algunos a un texto que sancione una lectura sistematizante, una suerte de «ordenación» de la obra de Lacan por la vía de un juego de clasificaciones y de definiciones?

Jacques-Alain Miller: No creo que se haya intentado algo así, porque habría cierta esterilidad en un trabajo semejante. No estoy de acuerdo con su comparación entre los textos de Lacan y los primeros textos de Freud. Lacan nunca se tomó por un descubri-

dor —el descubridor es Freud. Y por otra parte, no se encuentra nada en la obra de Lacan equivalente a los textos que usted evoca, *La interpretación de los sueños*, la *Psicopatología de la vida cotidiana*, *El Chiste*, donde Freud paga con su persona, y demuestra el inconsciente con él mismo —por cierto, eso provocó que Freud se exponga a lo que es hoy ese movimiento freudiano llamado revisionista, que intenta sacar a la luz secretos escandalosos, o supuestamente escandalosos, y que constituye una suerte de Internacional negra.

En Lacan no hay nada así. De entrada, su reflexión está indisociablemente ligada a la práctica del análisis y se apoya en Freud. Lacan considera que están hechas con el mismo tejido. Para nosotros, ahora, la situación es parecida —la enseñanza de Lacan aparecerá cada vez más ineludible para los psicoanalistas, lo quieran o no. Hacer con Freud y con Lacan es algo que no se puede evitar. Uno puede lamentarlo —¿por qué no?— pero no puede evitarlo.

Lacan no tiene ninguna complacencia por un tema que consiste en confundir sistematización y universalización. Tuvo como objetivo, no hay que olvidarlo, el matema, es decir la transmisión integral. Evidentemente, sus matemas no son verdaderos

matemas de lógica —el mismo Lacan lo reconoció, y es muy claro, no tienen ningún funcionamiento automática. No hay allí, salvo esbozado en algunos sitios, pensamiento ciego. Por cierto, un esbozo de esto recién lo tenemos cuando vemos cómo se engendran por permutación los cuatro discursos que formalizó. Una vez dicho esto no se trata de aportar una sistematización —está ahí. Está ahí —sólo que se transforma. Eso hace que, si uno quiere simplemente comparar algunas tesis término por término, se da cuenta de que en algunos puntos, Lacan varió completamente —algo que no impide que haya un pasaje continuo de un punto al otro.

A menudo lo hice notar en mi curso: a diferencia de los autores que se complacen en subrayar las rupturas de su pensamiento —pienso, por ejemplo, en un Bertrand Russell, que ponía cierta clase de coquetería en hacer que teorías incompatibles se alternen incesantemente, y además lo destacaba—, en Lacan, hay un efecto de control, que se debe a su estilo de elaboración, pero que a menudo es engañoso, y hace que se desconozca su cuestionamiento permanente.

Creo que Lacan pensó continuamente en contra de Lacan.

Hace dos años demostré que algunas de las tesis esenciales de «La instancia de la letra» van absolutamente en contra de lo que Lacan exponía cinco años antes en su «Discurso de Roma». Mostré, por ejemplo, cómo aquello que Lacan llamaba *las leyes de la palabra* son distintas de *las leyes del lenguaje* —leyes que puso en evidencia mucho más tarde. Esos desplazamientos están a menudo disimulados porque Lacan recurrió a los mismos ejemplos, a las mismas fórmulas. También acentué algo que en esta enseñanza es una articulación central, la articulación del síntoma y el fantasma —por otra parte hice mi curso del último año con ese tema—, articulación que no es menos esencial para la dirección de la cura.

Así pues, la intención de formalización, presente desde la lección de apertura de su Seminario —si quieren releerlo, en el *Seminario I*—, resulta, por cierto, continuamente desbaratada por una inconsistencia remanente y persistente.

Aclarado esto, cualquier ambición de clasificación, tratándose de Lacan es tan inútil, me parece, como en el caso de Freud, y también demostré que para saber apreciar una definición de Lacan hay que saber en qué momento la formuló. Lejos de hacer el

culto de citar a Lacan como si fuera la verdad revelada, pienso por lo contrario, que se trata siempre de un momento, de una inflexión, de una reflexión en constante revisión. Lo afilado de las fórmulas de Lacan no impide que su exacto valor teórico sea relativo en el momento de su enunciación.

François Ansermet: ¿No cree que con la aparición de un lector que se instituiría como propietario de un saber legislante en detrimento mismo del discurso del análisis que le había servido de base, esta obra puede llegar a alejarse de su objeto y de las perspectivas que abrió?

Jacques-Alain Miller: La enseñanza de Lacan se convierte ante nosotros en una obra. En 1964 me di cuenta, para mi sorpresa, que los psicoanalistas, sus alumnos, no lo leían, o —hay que ser justos— que no advertían la dimensión de enseñanza de lo que seguían con familiaridad todas las semanas. El mismo Lacan dijo en su Seminario, diez años después, que hizo falta que aparecieran esos muchachitos de la Escuela Normal para que se advertiera que lo que él hacía era una enseñanza.

Al pertenecer a esa Escuela Normal Superior ellos estaban, desde luego, en posición de darse cuenta, —digamos de preinterpretar en esa dimensión aquello que Lacan hacía. Eso es algo que hoy nadie discute. Asistimos a una nueva metamorfosis, la de esta enseñanza en obra.

Todos los días veo llegar gente joven que nunca vio a Lacan y que sin embargo están captados, cautivados por lo que obtienen de él a través de la obra escrita. Si puedo decirlo así, esta mortificación es el movimiento mismo de la vida.

Al universitario todavía lo tienen a raya con respecto a la obra de Lacan, pero esta obra, en el futuro, alimentará, quizás, a tantos universitarios como la de Joyce. No hay que irritarse y ponerse en contra. Lacan siempre hizo su seminario al abrigo de la Universidad. Si lo comenzó en el salón de su casa, en el número 3 de la calle de Lille, a pedido de sus analizantes y del grupo de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis en vía de formación, lo prosiguió, dos años después, en Santa Ana, luego en la Escuela Normal, más tarde en la Facultad de Derecho —hay que ser ciego para no darse cuenta de que para Lacan era esencial ser recibido por la Universidad. La función más

importante de la Universidad es la conservación y el mantenimiento de lo que es dicho por quien para ella es el autor.

Esto no significa que, por mi parte, sea complaciente. Por lo contrario, en cuanto a lo que enseño, mi esfuerzo se dirige a preservar en la medida de lo posible y a prolongar el impulso de la enseñanza de Lacan, su incidencia en el psicoanálisis, una práctica que todavía está viva. Pero imagino muy bien que puedan desarrollarse abordajes puramente universitarios. A ese respecto, no podemos poner la verdad bajo un abrigo. Podemos poner el saber bajo un abrigo, aún con formas un poco imbéciles, pero no la verdad.

Para la edición de los Seminarios, las lecciones de Lacan habrían justificado todo un aparato crítico: referencias, citas, aclaración de las dificultades. Ahora bien, de común acuerdo entre nosotros, el Seminario se presenta sin ningún aparato crítico, como un libro de hoy, aún cuando el Seminario ya tiene veinte años. Prosigo en esa vía, y así seguiré mientras siga viva la relación con la enseñanza de Lacan, mientras haya gente que quiera buscar su vía en la práctica analítica —su propia vía simplemente— a partir de su en-

señanza. Esto no impide que pueda desarrollarse, por otra parte, todo un trabajo de exégesis, de referenciación. Creo que la misma controversia existió para la edición de las obras de Heidegger. Heidegger quiso que la edición de sus obras completas reproduzca la última edición de cada una de sus obras. Algunos universitarios reaccionaron vivamente en contra de ese deseo de Heidegger y querían que la edición sea enriquecida con variantes del texto, y me parece que los ejecutores testamentarios de Heidegger cumplieron con su deber al respetar el deseo de que sus obras continúen siendo *camino*s que tome el lector, y no que estén sobrecargadas por lo que la glosa universitaria pueda aportarles —lo que no impide evidentemente que esa glosa y ese trabajo crítico se haga por otro lado.

Por mi parte, desde el seminario de *Las Psicosis*, recurrí a los que tenían buena voluntad. Es cierto que, para un trabajo de esta amplitud, no excluyo la posibilidad de haber cometido errores y, llegado el caso, los acepto con la mejor de las disposiciones, les pido a los que quieren ponerse a trabajar, no tengo empacho en decirlo, que me los señalen. Por supuesto, prefiero que me los señalen amablemente; pero

no es muy importante: ¡de una u otra manera —algunos lo hacen con malevolencia—, son mis colaboradores!

François Ansermet: ¿Cómo se puede definir la relación entre la escritura de la obra de Lacan, su transmisión y la institución psicoanalítica? La institución, en la medida en que se sitúa allende las referencias explícitas que la fundan, ¿no corre el riesgo de desarrollar eso que la escritura, por su ambigüedad, quiso evitar? Si uno puede hablar, en esos términos, ¿cuál es el lugar de la obra de Lacan con relación a la institución psicoanalítica lacaniana?

Jacques-Alain Miller: En principio, con relación a la institución psicoanalítica no lacaniana, Lacan se apoyó únicamente en su enseñanza como palanca en contra de la Iglesia que lo excomulgó, y tuvo que medir entonces los estragos que la serie de los Seminarios produjo en su *Imperium*. Los efectos son tan evidentes que comenzamos a ver, sobre todo después de la muerte de Lacan, algunas tentativas a las que es preciso llamar recuperaciones. Al borrar sus consecuencias en cuanto al estándar analítico y a la institución,

querían agregar a Lacan en la lista de los «grandes autores» del psicoanálisis. Debo decir que hago todo lo que puedo para impedirlo, es decir, para hacer valer que esta enseñanza es indisociable de una decisión subjetiva, de una elección, que tiene sus consecuencias en la práctica y en la institución analítica. Sostengo que no se puede pretender seguir a Lacan de manera auténtica cuando, como psicoanalista, uno adopta modalidades de la práctica y de la formación estrictamente incompatibles con su pensamiento. Si alguna vez la práctica analítica llega a extenderse, el problema se plantearía de otra manera. Todavía no estamos en ese punto.

Considero que la enseñanza de Lacan no pertenece a nadie —si se trata de la enseñanza de Lacan, quiero decir tal como él la ha formulado, así pues excluyo las distintas falsificaciones que andan dando vueltas por ahí.

Esa enseñanza no es propiedad de ningún grupo, ni de la Escuela de la Causa Freudiana, a la que pertenezco, ni de ningún otro. El Seminario de Jacques Lacan siempre fue publicado sin marcas institucionales. El Seminario está ahí para tomar su lugar en la comunidad analítica y más allá.

Una vez aclarado esto, no ignoro que alrededor de estos seminarios se constituyen, se condensan, grupos de trabajo, carteles como los llamaba Lacan, gente que se reúne buscando saber. Vi cómo, en América Latina, se formó alrededor de esos textos, poco a poco, un torbellino que hoy hace que la orientación lacaniana compita en importancia con la Internacional. Para mí, evidentemente, en relación con el trabajo que tengo que hacer, es un estímulo verificar la vitalidad del compromiso que siempre suscitó Lacan.

¿Esto responde su pregunta?

François Ansermet: Cuando yo hacía un paralelo con los primeros textos de Freud sobre el inconsciente, no era en el sentido de asimilarlos al trabajo de Lacan, sino más bien porque son textos contruidos a riesgo de su objeto, con una proximidad muy grande a esa otra escena que está en juego en el análisis.

Jacques-Alain Miller: Totalmente de acuerdo.

François Ansermet: Entonces mi pregunta sería:

¿cree usted que ese riesgo puede desaparecer, es decir, que se opere una reducción de la obra en la cual esté excluida la dimensión analítica?

Jacques-Alain Miller: Estoy persuadido de que es así. Comprobamos que Lacan todavía no tuvo su Fenichel porque la suya es una enseñanza que desbarrata profundamente esa tentativa. ¿Lo tendrá algún día?

François Ansermet: Acá es donde podría reformular mi pregunta sobre la institución: ¿habría condiciones particulares, incluso éticas, para evitar semejante reducción?

Jacques-Alain Miller: Por ahora, no tenemos muchas instituciones. ¡Lacan demolió la institución que él había parido! Con relación al monstruo que era la Escuela freudiana de París, la Escuela de la Causa freudiana es de una envergadura mucho más razonable, y por cierto, no tiene las locas pretensiones que podría haber tenido la otra, ser depositaria de la enseñanza de Lacan. Tiene la ventaja, el privilegio de haber sido presidida por Lacan hasta su muerte, pero

no puede llegar a hacerse ilusiones hasta el punto de pensar en apropiarse de su enseñanza. Tiene que dar prueba de sus aptitudes a través de su trabajo. Y en ese trabajo, tal como yo lo observo en calidad de integrante del Consejo estatutario y tal como allí participo en tanto que miembro, no veo nada que mostraría semejante infatuación.

No hablemos de los diferentes grupos surgidos de la disolución, una decena, de importancia variable, tan enredados en su rencor que no encuentran un lugar en el debate que importa.

Así pues, se puede decir que la iniciativa de Lacan aclaró, por cierto, el cielo institucional —las nubes cargadas de tormenta estallaron mientras él vivía, y nos dejó, desde el punto de vista institucional, un cielo más bien azul.

Distingo absolutamente mi trabajo de redacción del Seminario, del trabajo institucional que prosigo por otro lado —puesto que prosigo uno—, y que apunta a constituir una red, translingüística, internacional, entre aquellos que se refieren a la enseñanza de Lacan y que quieren ver las consecuencias de esa enseñanza en la práctica del psicoanálisis. Pienso que es necesario para gravitar respecto a la Internacional.

Lacan pudo decir, en 1978, al término de un congreso sobre la transmisión del psicoanálisis, que se había reunido en París, que la asamblea que estaba ahí igualaba en importancia a la Internacional. Me gustaría que eso continúe siendo verdad después de su muerte. Es difícil, por muchas razones, porque el cimiento de la Internacional es un estándar de práctica y de formación. Por lo contrario, la lección de Lacan, en esa materia, es el no estándar. Algo que evidentemente no lleva a la cohesión: hay, a la inversa, una inclinación a las pequeñas diferencias y al sectarismo, si lo puedo decir así, intralacaniano. Y bien, hay que seguir construyendo a pesar de eso —es la razón por la que hablo de red, y no de asociación internacional.

¿De qué manera crear un espacio de transmisión respetando el no estándar lacanianiano? Desde 1980 que me enfrento con ese problema y, debo decirlo, con resultados alentadores. La enseñanza de Lacan es el cimiento esencial de esa confrontación. Pero una vez más, distingo ese trabajo institucional, que se apoya en esta enseñanza, del trabajo de redacción, y diré, de protección de esa enseñanza, que va mucho más allá, y cuyos efectos son imprevisibles.

Lacan lo dice en su epílogo al *Seminario XI* —se dejó persuadir de que esta publicación permitiría darle más consistencia al discurso analítico. Al fin de cuentas eso es la institución —es el discurso analítico, es decir la estructura que soporta la experiencia. Basta con que se hable de ella para que exista, es preciso que se la construya, que se la verifique, que se la demuestre. El Seminario es esencial para la creación del discurso mismo, y con relación a esto, en el sentido de los grupos, se derivan las instituciones.

En lo que a la transmisión se refiere, de hecho, se comprueba que no hay una cantidad tan grande de creadores en el psicoanálisis —después de Freud, reconozcamos ese título a Mélanie Klein, y evidentemente a Lacan. Lacan permite, por la puesta al día de los fundamentos del psicoanálisis, por la reactualización que realizó de las referencias científicas freudianas —no de la biología, sino de la lingüística, de la lógica, de la topología—, que la gente continúe arriesgándose a un psicoanálisis, a ponerse en ese dispositivo que, de otra manera, sería un dispositivo muerto. Y Lacan lo permite evidentemente en Francia, donde se comprueba la vivacidad del interés por el psicoanálisis y su profundidad— se lo puede comprobar

por otra parte en el conjunto de los países de lengua latina. En cambio, comprobamos que allí donde esta enseñanza no fue recibida, por ejemplo en los Estados Unidos, tras el período de fama que conoció después de la guerra, el entusiasmo por el psicoanálisis se apagó. Si la interpretación está predeterminada por normas que siempre sacan su definición de los ideales sociales, entonces ella pierde su virtud, y el sujeto supuesto saber, esencial para el funcionamiento de la experiencia, se desmorona. Es lo que se produce ahí donde la enseñanza de Lacan no fructificó.

Dicho esto, no siempre podremos descansar en esta enseñanza, hay que mantener, despertar, renovar su verdad —eso es algo que le toca a nuestra generación.. Que surja otro Lacan, alguien que tome el relevo, quizás con el mismo nivel de autenticidad, que se presente, y veremos cómo será recibido. Probablemente será recibido como fue recibido Lacan, con el escupitajo y la injuria. No es algo fácil de imitar en ningún caso.

François Ansermet: En la posición de aquéllos que no conocieron directamente a Jacques Lacan, que no trabajaron con él, que no asistieron a sus seminarios,

que tampoco participan en una escuela psicoanalítica lacaniana, el conocimiento de la obra de Jacques Lacan se hace a través de la lectura de los *Escritos* y de los *Seminarios*. La transmisión de su obra y de su trabajo se realiza por intermedio del texto, por un trabajo de lectura. Nos gustaría interrogar esta posición del lector. El conocimiento de la obra de Lacan ahora pasa por el trabajo de la lectura. A través de esa lectura se le plantea a Lacan el problema de la transferencia, como todavía se lo seguimos planteando a Freud a través de su obra, posición que podríamos designar como una transferencia de lectura. ¿Qué se puede decir de esta posición de lector? En tanto usted es aquél por el cual se establece el texto, ¿qué lugar cree que ocupa con relación a esa transferencia particular?

Jacques-Alain Miller: Lacan lo decía cuando evocaba su propia muerte —al fin sería Otro. Se trata de una metamorfosis que se realiza ante nuestros ojos, y que está hecha precisamente para dejar perplejos, nostálgicos, a los más cercanos y que puede afligirlos, provocarles dolor. Ahora bien, es un hecho —finalmente Lacan es Otro.

Creo que usted lo entiende, para responder a su pregunta tengo que hacer un esfuerzo, e imaginar la posición de aquéllos que no conocieron a Lacan y lo abordan como autor de una obra. Pero, después de todo, puedo decirme que se trató de mi caso; cuando comencé, durante esos tres meses que ya le describí, únicamente conocía a Lacan así. Puedo llegar a imaginar muy bien esa posición, puesto que era la misma en la que yo me encontraba —y dar prueba de que es posible volver a encontrarse en la misma posición a partir únicamente del texto.

En segundo lugar, en el psicoanálisis hay evidentemente toda una parte que no se transmite por la vía del matema, sino por la experiencia, por la escucha, y por el ejemplo —sin lo cual no se ve por qué haría falta la supervisión. Y ahí, el contacto con Lacan como ejemplo, incluso como paradigma, es irremplazable. En los países de lengua española, hay desde 1972 un interés muy grande por Lacan, se formaron algunos grupos referidos a esa enseñanza, pero sin contacto a nivel de la práctica —ni análisis, ni supervisión. Seguro que tienen mucha dificultad para hacer que esta enseñanza pase a la práctica analítica. Pero actualmente eso se corrige, justamente gracias a

esta red en formación. ¡Para ser lacaniano, no basta con decirse: «¿Acortemos las sesiones?». Y el hecho de que Lacan no haya multiplicado sus exposiciones al respecto no es casualidad —esa era su práctica, hecha a su medida, la que forjó año tras año, y que también estaba a la medida de la transferencia que suscitaba. No es algo que esté al alcance del recién llegado. Y Lacan nunca lo usó como materia de propaganda, y a la vez siempre se explicaba sobre su práctica.

En tercer lugar, diré que en un sentido, no haber conocido a Lacan puede ser una ventaja —¿por qué no?—. Destaquemos que Lacan nunca se encontró con Freud. Podría haberlo hecho. ¿Acaso no habría podido, en los años veinte o treinta, de haberlo deseado, hacer el viaje a Viena? Un día le pregunté por qué no había ido al encuentro de Freud cuando pasó por París camino de Londres, y me respondió que Freud se alojaba en la casa de la princesa Bonaparte y que no quería rendirle a la princesa las pleitesías que hubieran sido necesarias.

Haber conocido a un gran hombre, haber tenido su confianza, ser fiel a su memoria, podría ser una desventaja para distinguir el punto ciego, lo que toda-

vía no se pensó de su enseñanza, y quizás las apreciaciones más innovadoras lleguen desde un punto más alejado que el mío —es algo que no desestimo.

En cuanto a la transferencia con Lacan, creo que es totalmente posible sobre la base de la lectura. Según la definición misma de Lacan, la transferencia tiene una estructura cuyo eje es precisamente el saber. Así pues, como dice usted, se puede tener una «transferencia con Lacan», a partir del saber tal como está depositado y esa transferencia puede tomar cuerpo de obra. Además, esta obra está dispuesta de tal forma, que el saber conserva allí una dimensión de supuesto. Lacan desbarata en su obra la posición del autor como figura que sabe lo que dice, de manera tal que esta dimensión de supuesto perdura, y en el lugar que ocupa la verdad —para referirnos a su discurso— está precisamente este supuesto saber, y no el autor idéntico a sí mismo. Algo que me esfuerzo, como le decía, por tener en cuenta cuando no hago de sus citas otros tantos significantes-amos. Trato el saber de Lacan como supuesto saber, es decir dándole plena importancia a la división del sujeto. La transferencia de Lacan me parece totalmente concebible a partir de lo que usted llama «transferencia de lectura».

Quiero decir dos palabras sobre mi posición. Comenzaré diciendo que es fácil. Y lo es porque continuo, porque —para usar ese verbo que Lacan hizo resonar— *persevero* en el impulso adquirido mientras vivía Lacan. Así pues, este primer aspecto —es fácil.

El segundo aspecto, evidentemente, es más difícil. La muerte de Lacan marcó un cambio de época, y esa persona que, en abril de 1973, en el momento de la aparición del *Seminario XI*, escribía «hubo que transcribir, retranscribir la versión estenográfica, ese trabajo fue hecho a la perfección por Jacques-Alain Miller», hoy me insulta por el mismo trabajo. En un seminario, no hace mucho, Lacan me había llamado, «su fiel Acate» —usted conoce el verso de Virgilio.

Es también una posición difícil porque —¿cómo unir esta función de redactor y de depositario de la obra que Lacan me atribuyó guardando la forma legal, quiero decir ante escribano, con la misión de continuar y animar la verdad de su enseñanza? Es una pregunta que me hago cada vez que enseño.

Puedo agregar —y las cosas se simplifican más—, que hago lo que tengo que hacer. Por el hecho mismo de que ejerzo el psicoanálisis, me veo llevado a verificar el carácter siempre operatorio de la ense-

ñanza de Lacan. ¿Soy el conservador de su museo? La presión misma de la experiencia, y, llegado el caso, de las urgencias que trae consigo, me devuelve, si tuviera la tentación de apartarme, a lo que esta enseñanza tiene de más vivo. Como, por otra parte, continuo dando cursos —ya lo hacía antes de ejercer el psicoanálisis—, no puedo ponerme en manos del silencio, en manos de su confort.

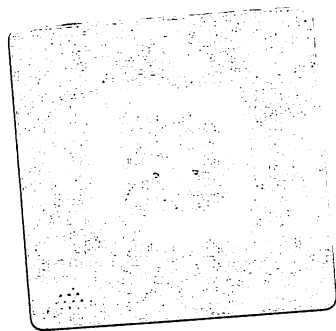
Defendí en este curso la noción de que no había nada más próximo de eso que Lacan llama *no ceder en su deseo*, que el hacer lo que a uno le corresponde. Y es lo que me sirve de rampa en todo este asunto, y en la tormenta que rodeó los últimos años de Lacan —yo no cedo ante mi deseo.

Enero de 1984

**Impreso en los talleres gráficos Edigraf
Delgado 834, Buenos Aires, Argentina
en octubre de 1999.**

**Esta obra, publicada en el marco del Programa de Ayuda
para Publicación Victoria Ocampo, ha recibido el apoyo del
Ministerio de Asuntos Extranjeros y del Servicio Cultural de
la Embajada de Francia en Argentina.**

**Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'Aide à la
Publication Victoria Ocampo, bénéficie du soutien du
Ministère des Affaires Étrangères et du Service Culturel de
l'Ambassade de France en Argentine.**



El hecho de que los *Seminarios* de Jacques Lacan no hayan sido establecidos por él mismo genera un problema teórico para sus estudiosos: hasta qué punto eso que leen es la obra de Lacan. La respuesta a este interrogante ha provocado debates, críticas y cuestionamientos, aun a pesar de que el mismo Lacan haya estado satisfecho con los métodos empleados en el establecimiento tanto como con sus resultados, al punto de encomendar a Jacques-Alain Miller la totalidad de los *Seminarios*.

En este minucioso libro Miller hace explícita su posición y los criterios empleados en su labor, al tiempo que refuta críticas; de este modo suma a la polémica una voz crucial que hasta aquí no se había escuchado, la voz misma del Establecimiento.

Pero hay algo más: ante la negativa metódica a incluir prólogos o notas a los *Seminarios* de Jacques Lacan, sus lectores deben preguntarse si es posible leerlos sin conocer este texto. Un libro que de este modo se constituye en una suerte de prefacio secreto a los *Seminarios*.

I.S.B.N. 987-9318-03-X

EL ESTABLECIMIENTO DE "EL SEMINARIO" DE JACQUES LACAN • JACQUES-ALAIN MILLER

